VII

En Nicomedia. en Pergamo, en Esmirna, Juliano, de diez y nueve años de edad y enamorado de la sabiduría helénica, había oído hablar del célebre sofista y teurgo Jamblico de Caldea, discípulo de Pórfira; el neoplatoniano, el divino Jamblico como se le llamaba.

Deseoso de conocerle había ido Juliano á Efeso.

Jamblico era un viejecito delgado y enfermizo. Gustaba de quejarse de sus males, la gota, el reumatismo, la cefalalgia; atacaba duramente á los médicos, pero se apresuraba á seguir sus consejos y hablaba con delicia de infusiones y medicamentos.

Llevaba constantemente, aun en estío, una túnica doble, á pesar de lo cual no conseguía nunca entrar en calor, y amaba al sol como un lagarto.

Desde su adolescencia, Jamblico había aborrecido la carne, de la que hablaba con repulsión, afir-

mando que no acertaba á comprender que se pudiera comer carne animal. Su sirviente le preparaba un hervido especial, hecho con cebada, vino caliente y miel; sus mandíbulas desdentadas no le permitían comer pan.

Siempre estaba rodeado de discípulos, admiradores devotos, que acudían á escucharle desde Roma, Antioquía, Egipto, Mesopotamia y Persia.

Todos creían á Jamblico capaz de hacer milagros y el maestro los trataba como padre enojado al ver á su alrededor tantos niños débiles. Cuando comenzaban á discutir y disputar, Jamblico hacía gestos á los que seguían una gran mueca, expresando dolor físico.

Hablaba dulcemente y su tono era agradable; pero cuanto más alzaban los demás la voz, él más bajaba la suya. No podía tolerar el ruído, por lo que aborrecía las voces recias y las sandalias de suela fuerte.

Juliano miraba perplejo á aquel viejo caprichoso, friolero y enfermizo, no acertando con la causa que le hacía tan respetable y buscado. Recordaba haber oído decir á los discípulos que una noche en que el *divino* estaba en oración, fué levantado por una fuerza invisible á diez codos del suelo y envuelto en aurífera aureola.

Otros referían el milagro por el cual el Maestro, en la ciudad siria de Gadara, había hecho surgir de dos fuentes calientes á Eros y Arteros, los dos genios del Amor, uno alegre y el otro triste. Los dos se habían acariciado al lado de Jamblico como dos niños y habían desaparecido obedeciendo una orden del Maestro.

Juliano nunca pudo descubrir en lo que el Maestro hablaba, la sabiduría que todos le concedían. El metafísico de la escuela de Pórfiros le parecía muerto, seco y dolorosamente complejo.

Jamblico salía siempre victorioso sin el menor esfuerzo de las discusiones de dialéctica más intrincadas. Las enseñanzas sobre Dios, sobre el Mundo, sobre las Ideas eran de profunda erudición, pero estaban privadas de calor vital. Juliano había esperado otra cosa, y aun después del desengaño seguía esperando y no se marchaba.

Los ojos de Jamblico eran extraños, glaucos y destacaban vivamente sobre su rostro de bronce. Juliano estaba persuadido de que aquellos ojos inhumanos y menos divinos que humanos, debían concentrar la sabiduría oculta, la *sabiduría de la serpiente*, de la que Jamblico no hablaba jamás á sus discípulos. Mas cuando el *divino* preguntaba con voz cascada por qué no estaba preparado su cocimiento de cebada ó cuando se quejaba de la gota, el encanto desaparecía por entero.

Una vez Jamblico paseaba con Juliano por la orilla del mar fuera de las puertas de la ciudad; la tarde era dulce y melancólica. A lo lejos, detrás del fuerte de Panormos, blanqueaba la terraza del célebre templo de Artemisia de Efeso, adornada de estatuas.

En la arenosa ribera, donde, según la tradición, Latona dió á luz á Artemisia y á Apolo, todo parecía adormecido, sin que se vieran otras señales de vida que las nubes de humo que de numerosos altares del bosque sagrado de Ortegia se elevaban en columnas hacia el cielo.

Al Sur se veían las crestas azuladas de las montañas de Samos. La brisa era suave, como la respiración de un niño; las olas transparentes formaban pequeños rizos. El sol poniente se había ocultado tras las nubes, dorando su enorme masa.

Jamblico se sentó sobre una roca; Juliano se dejó caer á sus pies. El Maestro se puso á acariciar el cabello negro y recio á su discípulo.

—¿Estás triste?

—Sí.

—Lo sé. Buscas y no encuentras. No tienes fuerza para decir *El es* y no te atreves á decir *No es*.

—¿Cómo has podido adivinarlo, Maestro?

—¡Pobre niño! Cincuenta años hace que sufro del mismo mal... y seguiré sufriendo hasta que muera. ¿Acaso yo *Le* conozco mejor que tú? ¿Acaso he podido encontrarle? Estas son las continuas torturas generativas. Ante ellas, las demás torturas no son nada. Las gentes piensan que padecen hambre, sed, pobreza, en realidad padecen porque piensa que tal vez *El* no existe. Este es el único sufrimiento universal. ¿Quién osará decir *El no existe* y qué fuerza humana no es necesario tener para decir *Existe*?

—¿Y tú, tú tampoco te has aproximado á *El*?

—Tres veces en mi vida he sentido el éxtasis de encontrarme enteramente unido á *El*. Plotino cuatro veces, Pórfiros cinco. He tenido tres momentos en mi existencia que me recompensan de la pena de vivir.

—He discutido con tus discípulos sobre este punto y nada saben.

—¿Crees que se atreverían á saber? Les basta

con poseer la capa superficial de la sabiduría... Querer ahondar es peligroso.

—¡Pues bien! ¡aunque muera! ¡Maestro, descúbreme el secreto.

—¿Tú osarías?

—Sí; pero ¡habla! ¡habla!

—Y, ¿qué puedo decirte?... Nada. Escucha la calma de la tarde y ella te hablará con más elocuencia...

El *divino* seguía acariciando la cabeza de Juliano, que pensaba: «He aquí lo que yo esperaba», y abrazado á las piernas de Jamblico murmuró implorando:

—¡Maestro!... ten piedad... descúbremelo todo, no me abandones.

Con los ojos verdes, singularmente inmóviles, fijos en las nubes, Jamblico murmuró como si hablara consigo mismo:

—Sí... todos hemos olvidado la voz de Dios. Como los niños separados desde la cuna de su padre, le oímos y le reconocemos. Es necesario escuchar *Su* voz, es preciso que en nuestras almas se apaguen todos los ecos terrestres. Mientras la razón arde y alumbra nuestro espíritu, nos vemos nosotros y perdemos de vista á Dios; pero cuando la razón declina, el éxtasis desciende sobre nosotros como bienhechor solio sobre las plantas. Los malos no pueden conocer el éxtasis: sólo los sabios se transforman en lira vibrante bajo la mano de Dios. ¿De dónde vienen los rayos que alumbran el alma? Lo ignoro. Llegan inopinadamente cuando menos los esperamos. Es inútil buscralos. Dios está cerca de nosotros. Es preciso prepararse, esperar con calma co-

mo los ojos esperan, según la expresión del poeta, que el *sol salga del sombrío Oceano.* Dios no viene, Dios no se va. Aparece. *El* es la negación del Universo, la negación de cuanto existe. *El* no es nada y *El* lo es todo.

Jamblico se puso en pie y lentamente extendió sus delgados brazos:

—Dulcemente, dulcemente, os digo... ¡Escuchadlo todos! ¡Hele aquí! ¡Que la tierra y el mar se callen; que calle también el cielo! ¡Escuchad!... *El* llena el Universo: los átomos están penetrados de su aliento; *El*, que como el sol poniente alumbra esa negra nube.

Juliano escuchaba y le parecía que la voz del Maestro, débil y calmosa, llenaba el mundo, llegando hasta el cielo y hasta los últimos confines del mar. Pero la tristeza de Juliano era tan grande que se escapó de su pecho un involuntario suspiro.

—Padre mío, perdóname, pero si es lo que dices, ¿por qué vivir? ¿Por qué este eterno cambio de la vida y la muerte? ¿Por qué sufrir? ¿por qué existe el mal? ¿por qué los cuerpos? ¿por qué la duda? ¿Por qué la añoranza de lo imposible?

Jamblico le contempló dulcemente, y pasando nuevamente la mano por la cabellera de Juliano, respondió:

—Ahí reside el misterio, hijo mío. No existen el mal ni los cuerpos, no hay Universo. O El ó el Universo. El cuerpo, el mal, el Universo son un engaño de la vida. Todos hemos reposado juntos en otro tiempo en el seno de Dios en la luz invisible; pero hemos mirado desde la altura la materia sombría y muerta y cada uno ha visto en ella su propia imagen como en un

espejo. Y el alma ha dicho: «Yo puedo y quiero ser libre. Me parezco á El, ¿por qué no he de atrevermn á apartarme de El y encerrarlo todo en mí? El alma, como Narciso en el arroyo, se encantaba viendo su propia imagen reflejada en su cuerpo. Y entonces cayó, quiso caer hasta el fin, separarse de Dios para siempre y no pudo. Los pies del mortal tocan al suelo, mas su frente está más alta que el cielo.

En la escala eterna de los nacimientos y de la muerte, las almas y los seres ascienden y bajan acercándose y alejándose de El, tratando de abandonar al Padre sin conseguirlo. Cada alma quiere ser Dios, inútilmente, y al convencerse de que en la tierra no puede hallarse el reposo deseado, vuelven afanosas hacia el *Unico.* Debemos volver á El y entonces todo será Dios y Dios estará en todo. ¿Crees por ventura que eres tú el único que le añoras? ¿No ves en todos y en todo tu mismo afán? ¡Escucha!

El sol se había ocultado definitivamente. Los bordes de las nubes doradas, habían tomado tinte rojizo, que lentamente se desvanecía. El mar se hacía pálido y ligero como el cielo; el cielo, profundo y transparente, como el mar.

Por el camino pasaban en un carro un joven y una muchacha, dos amantes tal vez. La mujer entonaba una canción melancólica de amor. Después todo quedó en silencio y la tristeza aumentaba gradualmente. La noche de Oriente se extendía sobre la tierra.

Juliano murmuró:

—¡Cuántas veces me he preguntado por qué la naturaleza estaba tan triste y por qué esta tristeza aumentaba á compás de su hermosura.

Jamblico respondió sonriendo:

—Sí, sí... mira, ella quisiera decirte la causa, pero no puede. La naturaleza es muda. Duerme y trata de acordarse de Dios en sus sueños, pero la materia la aplasta, y no logra verle sino vagamente. Todo lo del Universo, las estrellas, el mar, la tierra y los animales, y las plantas y los hombres, son sueños de la naturaleza que sueña en Dios. Cuanto ella contempla nace y muere. Crea por contemplación, como en todos los sueños, fácilmente, sin esfuerzo, sin obstáculos. Esa es la causa de que sus obras sean tan bellas y tan libres, sin objeto y tan divinas. El juego de los sueños de la naturaleza se asemeja al juego de las nubes, que no tienen comienzo ni fin. Fuera de la contemplación no existe nada en el mundo.

Cuanto más profundo, tanto mayor es su silencio, la voluntad, la acción la lucha, nociones debilitadas y falseadas de Dios. La naturaleza en su indolente grandiosidad, crea formas como el geometras para el cual sólo existe lo que ve. La naturaleza, Cibeles adormecida, no abre nunca sus párpados y no encuentra jamás las palabras qe el hombre ha sabido encontrar. El alma humana es la naturaleza que alza los ojos, despierta y pretende ver á Dios, no entre sueños, sino en realidad, cara á cara.

Las primeras estrellas brillaron en el firmamento; algunas alumbraban un momento para apagarse

después y otras aparecían como diamantes sembrados en el firmamento azul.

Jamblico se las mostraba á Juliano.

—¿Con qué podré comparar el firmamento, todos esos soles, todas esas estrellas? Las comparo á una red arrojada por los pescadores al mar. Dios llenará el universo como el agua llenará la red que flota pero no puede retener el agua. La red se mueve pero Dios es inconmovible. Si el universo no se renovara Dios no crearía nada, no saldría de su calma, porque ¿dónde y por qué se precipitaría?

Juliano exclamó y su voz resonó en el silencio de la naturaleza como un grito de mortal angustia:

—¿Quién es El? ¿Por qué no nos responde cuando le llamamos? ¿Cómo se llamará? Yo quiero conocerle, escucharle, verle. ¿Por qué se aleja de mí? ¿Dónde está?

—¡Pobre niño! ¿Qué significa el pensamiento ante El? No tiene nombre. Es de tal naturaleza que podemos decir que El debe de existir pero nos es imposible afirmar que existe. ¿Pero, acaso puedes sufrir, amar, maldecir, sin alabarle? Cuando dices: No *existe* le alabas tanto como si afirmaras *Existe*. No se puede afirmar nada concerniente á El, por que está por encima de la existencia, de la realidad, de la vida. He aquí porque te he dicho que El es la negación del universo y del pensamiento. Renuncia á cuanto existe y allá abajo, en el abismo de los abismos en la más profunda obscuridad, le encontraras. Dale tus amigos, la familia, la patria, el cielo y la tierra, tu propio ser y tu razón. Entonces no verás la luz porque las luz serás tú. No dirás: yo y El, porque sentiras que El y tu sois *uno*,

y tu alma se burlara de tu cuerpo como de una visión. Te rodeara el silencio y no encontraras palabras. Y si en aquel instante se hundiese el mundo serias dichoso, porque estando con El no harías caso del mundo. Tu alma no desearía nada, porque El no tiene deseos; no viviría. porque El esta sobre la vida; no pensaria, porque El es superior al pensamiento. El pensamiento es ansiedad de luz y la luz es El. El penetra en toda el alma y la encierra en si. Y entonces imparcial y solitaria el alma reposa, vuelve la razón y el bienestar, sobre el reino de las colinas y sobre la belleza, en el infinito, en el seno de Dios, Padre de la Luz. El alma se convierte en Dios, ó por mejor decir rasgando las tinieblas se acuerda de que en la noche de los siglos ha sido y será Dios... Tal es, hijo mio la vida de los que moran en el Olimpo; tal es la vida de los hombres sabios y heroicos, la renuncia del universo, el desprecio de las pasiones terrenas, la huida del alma hacia Dios á quien puede ver frente á frente.

Jamblico calló; Juliano se arrojó á sus pies sin atreverse á tocarlos y besando el suelo sobre el que sus rodillas descansaban. Después alzó la cabeza y contempló aquellos ojos verdes, extraños, en los que brillaba: «*la sabiduría de la serpiente*».

Parecían más calmados y más profundos que el cielo, como si de ellos brotara un poder maravilloso.

Juliano murmuró:

—Maestro, tú lo puedes todo. ¡Yo creo! ¡Ordena á las montañas que se aproximen y te obedeceran! ¡Eres como El! ¡Haz un milagro, oye mis súplicas! ¡Yo creo!

—¡Pobre, hijo mío! ¡qué me pierdes! El milagro que en tu alma puede realizarse es más hermoso que el que *yo* puedo intentar. ¿Acaso no es un asombroso y bienhechor milagro el poder á cuyo impulso osas decir: ¡Existe y si El no existiera! ¿que importa? ¡*Existirá*! Y tú piensas: »¡Qué exista, asi lo quiero!

VIII

Cuando de vuelta de su paseo, Jamblico y Juliano atravesaron el Panormos, la populosa senda de Efeso, advirtieron singular efervecencia.

Muchas personas corrían blandiendo antorchas encendidas y gritando:

—¡Los cristianos destruyen los templos!... ¡desdichados de nosotros!

Otros:

—¡Mueran los dioses olimpicos! Astaté ha sido vencido por Cristo!

Jamblico creyó que podrían pasar por las calles más apartadas, pero la muchedumbre alborotada los arrastró hacia el templo de Artemisa de Efeso.

El soberbio templo construido por Dynocrates se elevaba austero, sombrío, sobre el cielo estrellado: los reflejos de las antorchas oscilaban sobre las gigantescas columnas ornadas de diminutas cariatides agrupadas á guisa de pedestal. Hasta entonces,

no solo los romanos, sino todos los pueblos de la tierra habían adorado á la dioses.

Uno de la muchedumbre gritó con voz insegura:

—¡Gloria á la divina Artemisa de Efeso!

Centenares de voces respondieron:

—¡Muerte á los dioses olimpicos y á Artemisa!

Sobre el monumento del Arsenal se extendía resplandor sangriento. Juliano mirò á su divino maestro y no le reconoció. Jamblico se había trocado de nuevo en el viejo tímido y enfermizo. Se quejaba de cefalalgia, temia un ataque de reumatismo y pensaba en que tal vez la sirviente se habría olvidado de preparar las fomentaciones. Juliano le prestó su manto; pero el maestro seguía teniendo frío; y haciendo dolorosas muecas, se tapaba los oidos para no oir los pitos y las risas de la muchedumbre.

Jamblico maldecía el populacho, diciendo que no había nada tan imbécil ni tan repugnante como el génio del pueblo. Mostraba á su discípulo los rostros de los que pasaban ante ellos·

—Mira que monstruosidad... ¿No es vergonzoso ser hombre y tener el mismo cuerpo que esa basura?

Una vieja cristiana, decía.

—Mi nieto me dijo: «Abuela hazme una sopa de carne,» le respondí: Sí, hijo mío, iré al mercado en seguida; y al mismo tiempo pensaba, la carne ahora es más barata que el pan.» Por cinco óbolos compré un buen trozo y la hice cocer. Una vecina lo supo y me dijo:

—¿Qué estás cociendo? ¿no sabes que la carne del mercado está hechizada?

—¿Cómo?

—Los sacrificadores de la diosa han rociado el mercado con el agua de los sacrificios. Ningún cristiano quiere comer carne impura. Se dará muerte á los sacrificadores y se destruirá el diabólico templo de la diosa.

Hé echado la sopa al perro. ¡Cinco obolos no son ninguna riqueza! pero no son de desprcciar; no se ganan en un día... Pero he preferido tirarlos, á hechizar á mi nietecito.

Otros referían que el año anterior, un cristiano había comido carne impura que le había podrido los intestínos y que la infección había sido tan grande que hasta los mismos parientes habían tenido que abandonar al enfermo.

En la plaza se alzaba un lindo templo de escasas dimensiones, consagrado á Diana Selenita, Febea y Astarté; la triple diosa Hecate madre de los dioses. Como las moscas caen ansiosas y ciegas sobre la miel, se precipitaban los clientes alrededor del templo, destrozando las esbeltas cornisas blancas, pisoteando las gradas, rompiendo las estatuas y los bajo relieves y entonando cánticos. Las columnas temblaban sobre sus bases, los pedazos de mármol volaban por los aires. Se hubiera dicho que el edificio sufría como un cuerpo vivo; por fin se intentó incendiar el templo, pero cuantos esfuerzos se hicieron en este sentido fueron esteriles porque estaba construido exclusivamente de mármol.

De pronto retumbó en el interior extraño ruido, ensordecedor y melodioso, mientras subían hacia el cielo la salvaje gritería del populacho triunfante.

—¡Cuerdas!..· ¡Cuerdas!... ¡Romped esas impúdicas piernas!

Entre oraciones cantadas y brutales risas, la multitud provista de cuerdas, arrojaba del templo el soberbio cuerpo de plata de la diosa, obra de Escopos. El metal producía agudo sonido al chocar contra el mármol de las gradas.

—¡Al fuego! ¡al fuego!

Y la estatua fué sacada á la plaza enlodada.

Un monje jurista declamaba un pasaje del célebre edicio de Constantino, hermano de Constancio.

—*Cesset superstitio sacrificiorum aboleatur inssania.* (Que cese la supertición y que los sacrificios sean abolidos.)

—¡No tengáis miedo, destruid y arrasad cuanto encontréis en el demoniaco templo!

¡Otro, á la luz de una antorcha, leía en un rollo de pergamino estas líneas del libro: *De errore profanarum religionum* de Firmico Materno:

«¡Santos emperadores! Venid en auxilio de los infelices paganos. Preferible es salvarlos á la fuerza que dejarlos perecer. Arrancad los ornamentos de los templos y que sus tesoros enriquezcan vuestras arcas. Que quien sacrifique á los ídolos sea arrancado de la tierra con su raiz, *sacrificans diis eradicabitur*; le entregarás á la muerte, le matarás á pedradas, aunque sea tu hijo, tu hermano, tu mujer adormecida sobre tu corazón!»

Y dominando la movible muchedumbre pasaba el grito triunfante:

—¡Muerte, muerte á los dioses olímpicos!

Un enorme monje arriano, con los negros cabellos caídos sobre su rostro sudoroso, alzó sobre la

diosa un hacha, buscando sitio donde descargar el golpe.

Alguien le aconsejó:

—¡Al vientre! ¡á su abominable vientre!

El cuerpo de plata se retorcía mutilado; los golpes sonaban implacables dejando profundas huellas.

Un viejo pagano se cubría la cara para no presenciar el sacrilegio y lloraba pensando que había llegado el fin del mundo, que la tierra se negaría á dar á los hombres una sola espiga.

Un ermitaño llegado de los desiertos de la Mesopotamia, cubierto con una piel de cordero, calzado con gruesas sandalias, armado con un cayado y una calabaza vacía colgada del hombro, se aproximó á la estatua:

—Por espacio de cuarenta años no me he lavado para no ver mi desnudez y evitar la tentación al pecado. Y en cuanto se llega á las ciudades se tropieza con estos malditos dioses completamente desnudos. ¿Había que aguantar aún por mucho tiempo estas demoníacas tentaciones y tendremos que tolerar á estos ídolos abominables? ¡en las casas en las calles, sobre los tejados, en los baños, por todas partes se encuentran! ¡Prú, prú, prú! ¡Antes se acabará la saliva para escupirte, que el asco que me produces!...

Animado por el odio que le inspiraba aquel cuerpo de mujer, el viejo le golpeó con la sandalia, con encarnizamiento en que se veía todo el horror del pecado. Pisoteaba el pecho desnudo que se le antojaba con vida; se obstinaba en aplastarle con los

agudos clavos de sus sandalias. Ahogado por la rabia, balbuceó:

—¡Toma! ¡toma!... por tu impúdica desnudez... ¡Toma, toma, desvergonzada!

Los labios de la diosa pisoteada, conservaban su sonrisa encalmada.

La muchedumbre comenzó á cubrir de tierra la estatua para arrojarla á la hoguera. Un obrero ébrio, cuyo aliento apestaba á ajos, escupió el rostro de la diosa.

La hoguera, formada con todas las barracas arrancadas del mercado, era enorme; pero á pesar del espeso humo que de ella salía, las estrellas seguían brillando en la altura sobre el populacho. Se arrojó la estatua á las llamas para fundir su cuerpo de plata que nuevamente arrancó sonidos melodiosos, al chocar contra los maderos encendidos.

—Un lingote de treinta talentos ó treinta mil piezas de plata. Enviaremos la mitad al emperador para los soldados; la otra mitad será para los hambrientos. De ese modo Cibeles proporcionará cuando menos algún provecho á los hombres. ¡Treinta mil piezas para los soldados y los pobres!

—¡Madera! ¡más madera!

La llama se avivó y todos gritaron regocijados:

—Ahora veremos si el diablo se la lleva. ¡Cada ídolo contiene un diablo y la diosa dos ó tres!

—Cuando comience á fundirse, el demonio sentirá calor excesivo y saldrá de su innoble boca bajo la forma de una serpiente roja.

—No, antes será preciso hacer la señal de la cruz; sino será capaz de escurrirse por el suelo. El año pasado se destruía el templo de Afrodita, y uno

tuvo la idea de rociarle con agua bendita. ¿Creeréis que de debajo de la estatua salía una legión de diablillos? Yo los he visto con mis propios ojos: eran verdes y negros y completamente velludos. Y cuando se rompió la cabeza de Afrodita, salió del cuello un demonio grande, con dos inmensos cuernos y una cola pelada como la de un perro sarnoso.

Un escéptico interrumpió:

—No discuto que hayas visto los demonios, pero cuando hace poco se destrozó en Gaza el ídolo de Zeus, en lugar del demonio no se halló sino tanta porquería que siento asco de recordarlo. Exteriormente parecía terrible, noble, todo de marfil y oro, y en sus manos tenía el rayo. En el interior no había más que telas de araña, ratas, polvo, clavos, y qué sé yo cuánta inmundicia más!... ¡Ya véis lo que son los dioses!

Jamblico anonadado, con la mirada apagada, asió á Juliano por la mano, y le alejó algunos pasos.

—Fíjate á ver esos dos hombres. Son espías de Constancio. A tu hermano Galo le han llevado bajo escolta á Constantinopla. ¡Ten cuidado! Hoy mismo enviarán al emperador informes tuyos.

—¿Qué haré, maestro? Ya estoy habituado; sé que desde hace tiempo me espían.

—¿Hace tiempo? ¿por qué no lo has dicho?

La mano de Jamblico temblaba en la de Juliano.

—¿Qué cuchichean? Pon atención; deben de ser impíos...

—¡Eh! viejo, trae madera,—gritó un chiquillo teniéndose por vencedor.

Jamblico murmuró al oído de Juliano: